

"YO QUERÍA CRUZARLO"

Por **H. CLARK**

"¡QUE belleza!"

Kenichi tiró su saco de arroz sobre el muelle y retrocedió para admirar el Mermaid, su velero de más de seis metros de largo. Seis metros de belleza barnizada, el Mermaid se agitaba inquieto tirando de sus amarras. Kenichi se enjugó el sudor de la frente. Luego llevó a bordo el saco de arroz de cuarenta kilos.

Eran las ocho de la noche del día 12 de mayo de 1962. El puerto de yates, de Osaka (Japón), estaba desierto. Kenichi Horie tomó su lista de confrontación aunque realmente no la necesitaba. La conocía de memoria. Pero mecánicamente la repasó de nuevo, por última vez: "¿Pantoques? Secos. ¿Aparejo? Bien. ¿Jarcias de labor? Bien. ¿Velas: mayor y foque? Bien. ¿Ropas? Tres trajes de reserva de 240 gramos, de nylon. ¿Luces de navegación? Las que prescribe la ley. ¿Amarras? En condiciones". Y así siguió revisando cada detalle. "¿Alimento y agua? 200 latas de frutas, verduras y alimentos misceláneos conservados, tabletas de vitamina, 65 latas de bebidas, 5 galones de agua". Durante el viaje juntaría agua de lluvia. También tenía una estufa a kerosén para cocinar.

"¡Procura no olvidarte de nada! ¡En el Océano Pacífico del Norte no hay supermercados!"
¿Alguna otra cosa? Libros, manuales de navegación y, oh sí, el libro de instrucción para su nuevo ukelele. ¡Durante el viaje tendría hartos tiempos para aprender a tocarlo! Lo más importante de todo: brújula, sextante, indicador de dirección, mapas. Todo estaba allí. Sí, todo. Kenichi puso la lista a un lado. Permaneció de pie sobre el puente en ese anochecer de mayo. Pensó en lo que Saito, un marino retirado, le había dicho: "Imposible, Kenichi. No puedes hacerlo. ¡Hay más de ocho mil kilómetros desde Osaka hasta San Francisco!"

También recordó lo que le había dicho Togo, el de la Agencia Marítima de Seguridad, de los guardacostas japoneses: "¡Suicida! Tu bote es demasiado pequeño".

La objeción más seria procedía de Okojira, un avezado miembro del club de yates: "El cruce del océano es peligroso. Debiera hacerse en equipo, para mantener la vigilancia, o en caso de accidente. Necesitará equipo moderno: radar, equipo de navegación por el sistema Loraw, radio, sonda acústica. No tiene nada de eso. ¿Por qué no pone un motor auxiliar o aun un cronómetro?"

Kenichi pensó en sí mismo y en su navío. El medía 1,53 metros de altura y pesaba unos 50 kilos. Tenía 23 años de edad. Navegaba desde hacía siete años. Cierta día tuvo oportunidad de comprar el Mermaid. Estaba sólidamente construido con madera terciada de caoba. Era moderno, espacioso y adecuado para la navegación.

Recordó al hombre del astillero. Cuando Kenichi compró el Mermaid, el hombre le dijo: "Irás donde Ud. quiera... Aun a los Estados Unidos!"

Ya había oscurecido. Miró su reloj: eran las 8:45. Todavía podía cambiar de idea. Sintió el viento norte que le daba en el rostro. Desató las amarras, desplegó las velas, luego saltó a la popa y tomó la caña del timón. El Mermaid sintió el aliento del viento. Sus velas se combaron. Cobró vida y se inclinó ligeramente. En la noche templada de mayo, con viento a favor, salió de la bahía de Osaka.

Cuando el sol comenzó a asomarse en el horizonte a la mañana siguiente, Kenichi abandonó el timón y se desperezó. ¡Qué noche aquélla! Había temblado con excitación tan inesperada e incontrolable como el mar. Sentándose en la bañera, o parte baja de la popa, mirando las velas blancas y escuchando el ruido que hacía el agua al azotar los costados del Mermaid, se había repetido vez tras vez: "¡Es realmente cierto! Estoy empezando un viaje a través del Pacífico". La excitación no lo había dejado dormir.

Ahora era de mañana. El hechizo de la noche había desaparecido. Kenichi tenía hambre. En el reducido



lugar con que contaba cocinó arroz y verduras. Después del desayuno volvió a la proa y miró a su alrededor. Tras él las verdes montañas de Japón se habían esfumado en la distancia. Las vastas inmensidades del Pacífico se extendían delante de él. El suave movimiento que el oleaje le imprimía al Mermaid, el estómago satisfecho y el calor de los rayos del sol, lo hicieron sentir soñoliento. Y se quedó dormido.

Cuando se despertó eran casi las doce. Bajó en busca (le SU sextante. A las doce en punto, manteniendo el equilibrio como pudo, y tomando el sol como punto de referencia, marcó su posición en el mapa y puso la proa hacia el noreste. Calculó que pronto entraría en la corriente del Japón, que lo ayudaría a llegar a la costa occidental de América del Norte.

La distancia que tenía que recorrer era la cuarta parte de la distancia alrededor del mundo, pero Kenichi no tendría tiempo para aburrirse. Pronto se sorprendió al descubrir cuántas cosas tenía que hacer durante el viaje. Además de comer, dormir, manejar el timón y navegar, había que cuidar de la embarcación. Diariamente revisaba los aparejos y las velas para comprobar que no estuvieran raídas o gastadas. Siempre había algo que hacer.

Tuvo que aprender a descansar a ratitos, a dormir liviano y a atender las velas y el timón según lo requiriera el humor del mar. Y éste no siempre se mostraba bondadoso. Kenichi lo descubrió antes de la semana.

Una tarde vio que se levantaban oscuros nubarrones en el noroeste. Soplaban un viento helado de Siberia. Kenichi amainó la vela mayor. ¡Con ese ventarrón sería suficiente la vela delantera! Procuró dejarse llevar por el viento. El peligro mayor estribaba en que el viento volcara al Mermaid o lo hiciera zozobrar.

El viento aumentó. Kenichi vio que las olas sobrepasaban al mástil de la embarcación. Cuando entraba en el seno de dos olas, el Mermaid quedaba rodeado por altos picos de agua cubiertos de espuma. De pronto flotaba sobre una montaña de agua, esperando el abrupto descenso.

Repentinamente ocurrió lo que temía, aunque no sabe exactamente cómo sucedió. Una ola enorme se desplazó sobre el Mermaid. Kenichi se sintió anegado. La pequeña embarcación quedó enteramente sumergida. ¿Seguiría descendiendo al abismo, sin esperanza de volver a la superficie? Pero en el momento en que Kenichi pensó que ya llegaba al fondo del mar, el Mermaid comenzó a luchar para regresar a la superficie. Pero la embarcación estaba pesada pues le había entrado mucha agua. Kenichi advirtió que dos de las portañolas se habían roto. En la embarcación, que se levantaba y se hundía con el vaivén de las olas, comenzó a entrar agua helada por los orificios que se habían abierto. La cabina quedó completamente inundada. ¡Con semejante pérdida de flotabilidad, la embarcación se iría a pique! ¿Cómo lo hizo? No lo sabía. Pero de alguna manera Kenichi se las arregló para clavar tablas, cerrar los orificios y sacar el agua, a lo menos la mayor parte de ella. Cuando pasó la tormenta descubrió que había perdido todas sus ropas, a excepción de las que tenía puestas; la mayor parte de sus libros y una parte de su alimento. Para mayor desventura, tan pronto como la tormenta amainó lo suficiente como para que él dejara de temer por su vida, descubrió que estaba terriblemente mareado. Esa condición le duró tres días, pero Kenichi la soportó lo mejor que pudo, como también lo hizo en cuatro ocasiones posteriores en que se encontró con tormentas similares.

Pero el tiempo no siempre estaba tormentoso. A menudo venían días muy apacibles en los cuales le parecía que toda su vida había transcurrido en ese mundo ácuero. Arriba lo cobijaba la gran bóveda celeste, y a su alrededor lo cercaba la profundidad azul del palpitante Pacífico que se extendía hasta el lejano horizonte, interrumpido solamente por las blancas crestas de las olas.

Pero el mar nunca quedaba en reposo, como tampoco la pequeña embarcación, la cual se agitaba continuamente, acunándose, sacudiéndose, balanceándose, pero siempre con la proa hacia el este, impelida por el viento, arrastrada por la corriente y timoneada por la firme voluntad de su piloto.

Y así pasó día tras día hasta que el 24 de julio, el vigía de un barco de carga norteamericano, que había salido de San Francisco, llamó al capitán, sin dejar de observar con sus poderosos anteojos de larga vista, como si temiera perder el objeto que había enfocado.

¿Ve Ud. algo también? -preguntó señalando en cierta dirección con la mano.

El capitán observó cuicladamente en la dirección que le indicaba su compañero.

-Parece un botecito. Me pregunto si será alguna embarcación abandonada. Vayamos a ver.

Lo que vieron pocos minutos después fue el muy azotado Mermaid, con Kenichi Horie sonriente al timón. Era la primera vez que éste veía seres humanos desde hacía diez semanas!

Junto a la pequeña embarcación, el buque de carga parecía enorme.

-¿Necesita ayuda? -preguntó una voz por el megáfono. Kenichi, como no entendía inglés, quedó en blanco.

El capitán volvió a hacer la prueba. Señalando la boca añadió:

-¿Necesita alimento, o agua?

Kenichi captó la idea. Bajó a la cabina y volvió trayendo una botella de agua y unas latas de conserva.

Las levantó bien alto como para decir:

"Tengo suficiente". Luego sonrió, saludó y sacudió la cabeza, todo al mismo tiempo.

Pero el capitán, fiel al código del mar, quería asegurarse bien de las cosas, y le hizo una seña como para preguntarle: "¿Quisiera subir a bordo?" ¿Estaría gustoso Kenichi de que se lo recogiera juntamente con su bote y se lo llevara al puerto?

Kenichi sacudió la cabeza enfáticamente. Luego señaló hacia el este, hacia California.

De modo que se separaron. Kenichi continuó navegando, rumbo a California, a la velocidad de dos nudos por hora (poco más de tres kilómetros y medio). El buque de carga prosiguió su camino, enviando por radio a la guardia Costera de los Estados Unidos la posición del Mermaid.

Aparentemente la Guardia Costera mantuvo esta información para sí, porque no hubo ninguna delegación que se encargara de dar la bienvenida al Mermaid cuando finalmente tocó tierra.

La tarde del 12 de agosto de 1962, 19 días después del encuentro de Kenichi con el buque de carga, la enorme bahía de San Francisco se vio animada por las blancas velas de centenares de yates que iban y venían tan graciosamente, como las gaviotas que las sobrevolaban. Sus cascos barnizados y sus accesorios metálicos pulidos brillaban a la luz del sol.

En una de esas embarcaciones Guillermo Vines y Stanley Jones observaron un botecito que cruzaba bajo el enorme puente llamado Golden Gate.

-Se ve un poco maltratado, Stanley.

-Sí -contestó su amigo-, no parece que es de los muchachos de por aquí.

Con ayuda de sus anteojos de larga vista observaron acercarse al Mermaid.

-Tiene la bandera de cuarentena, Guillermo. Me pregunto dónde habrá estado.

Los dos continuaron observando hasta que una lancha del servicio de la Guardia Costera que está cerca del Parque Acuático, se acercó a la pequeña embarcación. Vieron entonces que un joven con una mandíbula bien desarrollada y una sonrisa fácil echó mano de la soga que le tiró la laucha.

Y eso le bastó a Guillermo.

-Soy curioso -dijo-. Vayamos al club y veamos lo que remolcó el guardacosta.

Pusieron en marcha el motor y ocurrió que estaban en el muelle cuando llegó el pequeño velero. Vines y Jones se unieron a la creciente multitud de timoneles de yates y otros que rodeaban al Mermaid.

Observaban al jovencito vestido con pantalones anchos, camisa, y una gorra de béisbol. Tenía el cabello largo, pero parecía gozar de buena salud y sentirse feliz. Estaba tratando de decir algo a un funcionario de la Guardia Costera. Este no le entendía. Entonces el muchacho japonés se inclinó sacó una de las tablas del piso de la parte baja de la cubierta de popa y levantó en alto algunas botellas de bebida.

Sonrió y se las ofreció al funcionario y a la multitud que iba en aumento.

Parecía que el funcionario no sabía qué hacer. No podía aceptar refrescos antes de haber concluido con sus deberes oficiales. Pero, ¿cuál era su deber? Finalmente decidió lo que debía hacer. "Llamen al Consulado Japonés", ordenó.

Un ayudante cruzó corriendo un rincón del parque, hacia un teléfono público.

A los pocos minutos un funcionario del consulado se encontraba en el puerto de los yates. Los dos japoneses se miraron durante un largo rato. Luego se cruzaron algunas palabras. Entonces el funcionario consular se volvió hacia el funcionario de la Guardia Costera y dijo:

-El nombre de este joven es Kenichi Horie. Dice que acaba de llegar de Osaka, Japón, después de 92 días de navegación.

La expresión del funcionario del Servicio de la Guardia Costera fue una mezcla de incredulidad y admiración. El también era marino. Miró a Kenichi y luego al Mermaid.

-¿Hizo todo el trayecto en eso?

Luego añadió:

-Pídale el pasaporte y los demás documentos que gestionó en la agencia marítima japonesa.

Cuando ese pedido se tradujo, la sonrisa desapareció del rostro de Kenichi. Habló con voz suave, disculpándose, pero con cierta determinación.

-Dice que no tiene pasaporte ni papeles. La agencia marítima rehusó dárselos. Dijeron que la empresa de cruzar el océano Pacífico en una embarcación de seis metros, era un intento suicida.

La actitud del funcionario consular era: "Tampoco creo que el cónsul general lo apruebe".

El funcionario norteamericano estaba perplejo. ¿Qué debía hacer? Llamó a su jefe, y su jefe llamó a su vez a su jefe. Eventualmente se llamó a Rodolfo C. Holton, Director del Distrito de Inmigración. La actitud del Sr. Holton fue: "¿QuéHacer? ¿Qué haremos con este joven que ha navegado a través del océano más grande del mundo con la embarcación más pequeña que jamás se haya empleado para ello? ¡Pues darle la bienvenida a los Estados Unidos!"

De manera que era un asunto oficial:

¡Bienvenido a los Estados Unidos! ¡Y qué bienvenida le dieron! El Sr. Christopher, intendente de la ciudad de San Francisco, se contó entre los primeros. "¿Cómo anda de dinero para sus gastitos?" le preguntó al tiempo de obsequiarle las llaves de la ciudad de San Francisco. Los aficionados al deporte de los yates de la zona de la bahía lo hicieron portador de los saludos oficiales a los marinos japoneses que participaban en las olimpiadas. Centenares de personas de todas partes de Estados Unidos le enviaron cartas y telegramas de felicitación. El Mermaid fue llevado a Sacramento para ser exhibido en la feria del Estado de California. Luego se lo transportó por avión al Japón para acompañar a Kenichi en la recepción que allí se le hizo como al "Lindbergh del Japón".

Ví el Mermaid, en el porche delantero del Museo Marítimo de San Francisco, cerca del Muelle de los Pescadores. Allí descansa la airosa nave en una cuna que se eleva sobre el nivel de la playa, acariciada por las mareas que suben y bajan en incesante armonía. Al contemplar el Mermaid, pensé en las palabras de Kenichi Horie:

"Había un océano. Yo quería cruzarlo".